

Pellicer en la ventana; Gorostiza en el desván*

Guillermo Sheridan

Para A.C.M.

—¿Debemos decir, entonces, que no hay mayor amistad que aquella entre los opuestos?

—Exactamente.

—¿Y no es esa una respuesta terrible?

Platón, *Lisis* (216).

Carlos Pellicer y José Gorostiza, de acuerdo con un testimonio de este último, se conocieron en Villahermosa en 1901, "desde que nuestras mamás nos llevaban en brazos". La verdad es que cuando Gorostiza acababa de nacer, Pellicer ya tenía, muy a pesar suyo, cuatro años de edad. Lo que sí es un hecho es que las familias eran amigas, tenían orígenes semejantes, pertenecían a la misma clase, vivían a unas casas de distancia.

El pequeño embuste de Gorostiza es menos importante que los motivos para su fabricación. La plausibilidad de que dos de los más altos poetas mexicanos del siglo hayan coincidido tan prematuramente en la azarosa brevedad de una calle, hayan posado en el mismo perdido estudio fotográfico, provoca una cómplice sonrisa en el rostro de sus lectores: que un gran poeta —singular, infrecuente personaje— comparta en la infancia el ámbito de un vecindario con otro igual de grande es, por lo menos, inusitado. Esa temprana coincidencia en algo habrá colaborado a que esos niños semejantes, una vez en cabal posesión de sus respectivas madureces poéticas, hayan sostenido una fuerte amistad gracias a sus radicales diferencias. Entre ese encuentro infantil real e imaginario y la muerte de José Gorostiza en 1973, transcurren setenta y dos años de complicidad, convergencias y divergencias suficientes para alterar la calidad de su arte y de sus vidas.

La relación se inicia propiamente en 1917, cuando los dos tabasqueños, después de varias, mutuas mudanzas —los dos del trópico al altiplano, pero Gorostiza con una escala en el bajío—, se reencuentran en la Ciudad de México agitada por la Revolución: una ciudad diminuta y hermosa, precipitadamente consignada a una generación que, entre los vientos de fronda, accede a una precoz madurez en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria y en su aldeaño, viejo barrio estudiantil. En el ambiente propicio de la escuela, Pellicer y Gorostiza inician una conversación que les estaba deparada por la comunidad de su origen, y que ahora reforzaba el descubrirse compañeros y poetas. Muchos años después, Gorostiza subordinará en su memoria —de nuevo más en homenaje a la amistad que a la verdad (los dos escribían poesía desde niños)— el origen de su vocación a la influencia de Pellicer que, a su vez, se había declarado poeta en el entusiasmo de unas lecturas que le escuchaba a José Santos Chocano en 1916.

Los dos jóvenes, imantados por la contradicción de ca-

racteres que exige el sentido clásico de la amistad, habrán encontrado en la poesía una tierra lo suficientemente firme para tramitar las discrepancias de sus modos de ser. Más allá de ellas, entablan una sólida cofradía de adolescentes e intercambian lecturas y comentarios sobre sus respectivos, balbucientes, poemas. La hoja de Gorostiza no tarda en ser arrebatada por el huracán que Pellicer resopla en sus actividades poéticas, amorosas, universitarias, ideológicas; es reclutado por él para la Sociedad Rubén Darío, que en la Preparatoria une a los incipientes Contemporáneos, y publica en la revista *San-Ev-Ank* (1918) sus primeros poemas con el aval de su amigo.

No se puede resistir el deseo de imaginarlos entonces: Pellicer tan atareado en beberse el mundo como de que se le note que lo hace; ralo bigote de dandy aprendiz, corbatas policromas osadas como su narcisismo; precoz vozarrón que perora, ante súbitas mesnadas y en tribunas de ocasión, sobre el destino de la América Latina o las glorias de Díaz Mirón; que vocifera desdenes y lealtades políticas o discurre sobre su "terrible" amor por la divina Esperanza. Detrás de él, la infantería de Gorostiza, procurando no rezagarse, todo él atildada autonegación, las manos en las bolsas, esforzándose en pasar inadvertido, cargado de problemas bajo su joven nube taciturna, con la cabeza metida en el paréntesis de los hombros, como si el peso de sus agravios fuera excesivo para su magra complexión. El primero alega, declama, vocifera, sentencia; el otro arguye, dice, cuestiona, duda. La fuerza de Pellicer en el cráneo, asertivo y airoso como una cúpula; la de Gorostiza en el mentón desviado hacia la izquierda, que hace de su rostro el signo de interrogación que dibujó Rufino Tamayo y describió Eduardo Luquín. Pellicer ocultando su dilema bajo su turbulencia sensual; Gorostiza arrojando su desconcierto bajo su timidez y su inteligencia. La pasión incendiando a Pellicer en un sostenido sobresalto que lo mania con su energía; Gorostiza helándose en la conjetura, practicando la moderación, en eterno estado de alerta. Pellicer viviendo sus años preparatorianos en la cantarina convicción de que posee el monopolio de una juventud que aspira a perpetuar; Gorostiza padeciendo la suya a regañadientes, con la resignación de un interino. Pellicer es la lava de su propio volcán; Gorostiza el agua ahogada de la reflexión. En suma, escribirá Pellicer años más tarde, *el día y la noche*.

Sus contrapuestas personalidades se comprueban en su estilo epistolar, sus retóricas y hasta sus caligrafías: la brusca gimnasia y el minucioso minuetto. Desde luego, esto ya no es subsidiario en sus respectivas poéticas, sino definitorio. Entre la exuberancia y la reserva, entre la fortaleza y la astenia, Pellicer y Gorostiza cifan, en sus extremos, el ámbito de la poesía mexicana moderna, una poesía redactada ya en horarios más variados que el común "matiz crepuscular", de temperaturas y colores superiores al gris monocromo de un lugar agotado con el modernismo. El poeta solar, abierto, atento

* Presentación del libro *Carlos Pellicer y José Gorostiza: Correspondencia (1918-1928)* de próxima aparición en Ediciones El Equilibrista.

a la historia y a los otros y el poeta diáfano, profundo, abismado en su propio interior, rebasan los temas, el colorido o el matiz del sentimiento como forjas del carácter nacional de la poesía, para ingresarla al polimorfo diálogo de la imaginación y de las hablas, a la ubicua mecánica de su pesquisa moderna.

"La cinta del poema fraternalmente enlace nuestras dos almas jóvenes", le dice Pellicer a Gorostiza en uno de los poemas recogidos en este libro. La poesía salva abismos, pero a fuerza de explorarlos; es territorio común, pero también tierra de nadie. Nada más natural que estos extremos se hayan tocado en la poesía previa al diálogo de su amistad: los miles de poemas que Pellicer derrama por su catarata y las contadas gotas que Gorostiza destila por su sinfín, tienen, en ocasiones, el agua compartida e ingrátida del genio. Uno lo pone a cantar la vastedad de todos los océanos mientras el otro observa el instante en el que "no es agua ni arena la orilla del mar". El paisaje de nuestra poesía moderna cabe entre estas miradas que, de común origen y común acuerdo, observan, sienten y escriben de tan diferente manera que terminan por demarcar los límites de ese paisaje verbal. En su divergencia se rompen aquellas propuestas de moda, un tanto deterministas —como la de Henríquez Ureña o la de Antonio Castellí para explicar "lo siciliano"—, que proponen que en el pueblo en que nacemos es donde hay que encontrar desde nuestra noción del colorido hasta nuestra medida de hombres; Pellicer y Gorostiza, más allá de la común callecita de Villahermosa, muestran que esa medida, antes bien, radica en la decisión de reconocer en los otros los siempre imprecisos límites de nuestra naturaleza. Yo no soy mi amigo, pero mi amigo soy yo, para glosar a Montaigne. Podría decirse —y colaborar a ello es a lo que aspiran estas cartas— que una semejanza entre Pellicer y Gorostiza radica en sus modos de ser diferentes. De la misma tierra nativa y del mismo humus social, extrajeron modos de ser y escribir que ilustran la singularidad del genio y, a la vez, su fascinante impredecibilidad.

Estas primerizas cartas colaboran a precisar las circunstancias que propician la genialidad de cada uno, así como el origen de la armonía de sus espíritus en contrapunto: ejercicios en la disciplina de someter a la severidad de un contrario el riesgo de las propias certidumbres; atisbo a su disposición para la amistad, esa forma superior de interrogar y conocer al mundo.

En su primera parte, su amistad se abre paso por el embrollo de sus diferencias: su tirantez y su indecisión, su deseo y su rechazo, se resuelven en escaramuzas y tanteos, nudos atados con los gruesos cordajes de uno y los finos hilos del otro. El resultado es un tenso toma y daca que cifra la curiosa batalla de Pellicer por atrapar en su red a un Gorostiza al que aspira condecorar un soldado de sus propias emociones; y la de Gorostiza, que defiende su autonomía emocional —tan vigilada, tan económica— de un interlocutor que lo fascina y lo desconcierta. La vehemencia de Pellicer se topa con la inteligencia de Gorostiza, y las cartas colaboran a precisar la naturaleza de la vehemencia de uno y de la inteligencia del otro. El en apariencia avasallador Pellicer, resulta mucho menos consolidado en su seguridad interior que el, en apariencia, frágil Gorostiza. Es necesario recordar y tener muy en cuenta que, en su comienzo, la correspondencia se sostiene entre artistas adolescentes de apenas veinte y diecisiete años. Ambos se hallan involucrados, como corresponde

a su edad, en el tramado de sus particulares *personae*. Recogen elementos para hacerlo de la apropiación arbitraria de gestos y desplantes; de una sinceridad atropellada y fresca; de la inteligencia y del instinto; de ideales abrazados con denuedo religioso. De la confusión de los sentimientos necesitan entresacar un rostro que la atenúe. Pellicer elabora máscaras contra la fragilidad de su temperamento; Gorostiza asume la suya, sorprendido por su prematura "neurastenia". Las valencias abiertas de su química se precipitan hacia las del otro. Cada uno lee en el libro de la amistad signos diversos de su coincidencia: Pellicer celebra la grandeza de su corazón mientras Gorostiza ejerce la crítica del suyo.

La correspondencia comienza por precisar el vocabulario: para Pellicer la amistad es entrega total, gemelaridad: un contrato cuya cláusula básica es la incondicionalidad y la rara aleación del "candente respeto"; para Gorostiza es una vinculación, un convenio afectivo de desinteresadas ofertas y demandas espirituales. Si el tonante Pellicer es un coleccionista de incondicionalidades, Gorostiza es un cerebral analista de las emociones. Abrumado por su amigo, Gorostiza concluye que su comportamiento tiene que ser un juego: su turbulencia le resulta intraducible en otros términos. Pero él se niega a entender la amistad como un juego, y menos aún, como el juego de ajedrez en el que, está seguro, Pellicer lo requiere de alfil con la excusa de conquistar a una reina remota. En una de las cartas iniciales, Pellicer reclama que su amigo interprete su "ritmo afectivo" como una *pose*. Se advina en Gorostiza una incapacidad para entender de otro modo un afecto que le habrá parecido de excesivo celo. Pellicer dice no entender, se duele y alude reiteradamente a la ingratitud, la burla y la indiferencia de Gorostiza y de otros amigos, que pudo tener como causa un similar desconcierto ante un ritmo afectivo obtuso para jóvenes de caracteres adivinablemente moderados. Es inevitable calcular que las onzas del fervor homofílico de Pellicer pesan en las desazones que suscita su práctica de la amistad. Gorostiza así lo insinúa cuando procura explicarle la naturaleza de su malestar: "Tú no tuviste para los mejores amigos amistad pura (yo no escribo de la pureza en el sentimiento, sino de la efectividad del vocablo). A lo menos, tu amistad tomaba lo que Mr. Titchener llamaría *signos corpóreos del amor*: el gesto, la palabra, la efusión". Pellicer responde, entre airado y divertido, que esto ha sido escrito "con baja y sucia intención".

Por esconderla, Pellicer exhibe en las cartas, detrás del carnaval de su personaje y de sus pasiones ciudadanas, su fragilidad anímica. Quizá derive del incómodo trato que sostiene con la reina morena del tablero, centro de una muy peculiar historia de amor. A los dieciséis años de edad, Pellicer había endiosado a una niña tabasqueña, debidamente llamada Esperanza, con la que se ha jurado un "noviazgo perpetuo". Sus juventudes, el medio familiar, la cultura de la época encierran a Esperanza en un riguroso platonismo que, de acuerdo con Pellicer, flaqueó una sola vez en un único, furtivo beso: el alma del poeta se quemaría, desde entonces y hasta su muerte, en "un fuego sin llamas". La prolongada cristalización amorosa que padeció Pellicer por esta bella, sonriente, imposible criatura, sexualmente remota, geográficamente lejana, religiosamente incompatible (hasta su eventual bautizo, en el que —al parecer— el poeta pasa de novio a padrino), desata una de las historias de amor más extensas, intensas

y extrañas de la poesía mexicana. La elección de una mujer poco menos que fantasmal como objeto de deseo y "amor perfecto", aportan a Pellicer un entredicho, una trovadoresca razón de amor y una coartada que podría haber apuntalado, primero, su homofilia y, eventualmente, su homosexualidad. En las primeras cartas, Pellicer procura explicar su situación aferrándose a una peregrina teoría: la lejanía de Esperanza —en realidad, la esperanza de un amor que sabe que no le está deparado— lo mueve a hacer de la amistad una forma perentoria del amor, a templar el ritmo afectivo de la amistad con el fuego de la pasión. Esta pasión es rechazada por Gorostiza, según Pellicer, después de comprenderla y de, en consecuencia, temerla. Nervioso, con su rechazo, en el imaginario ajedrez de su amistad, el enroscado Gorostiza corona un peón. Pellicer, honorablemente, medita y acaba por pedir tablas. Gorostiza concede el terreno para que su amistad crezca queda preparado: "Hiciste bien —dice Pellicer— y yo te lo agradezco inmensamente." "Me prometes amistad nueva —responde Gorostiza—. ¿Será como yo la entiendo realmente? Identificación, intercambio, simpatía, desinterés." De inmediato, comienzan a buscarse por otras rutas que conducen a una sólida fraternidad: ante su amigo, Gorostiza se queja, se estudia, se confiesa; Pellicer comparte con el suyo su educación estética, sus viajes, su enervamiento político, sus repasos de conciencia. Las cartas acceden entonces a un registro más directo, devienen nudos en los pañuelos, conversaciones postergadas o anunciadas, mandorla de iras y alegrías, postales afectuosas.

De los burlescamente respetuosos "don Carlos" y "don José" de 1919, se gradúan a los "Mi querido Carlitos" y "Mi querido José" de 1924. Los adolescentes han cruzado la línea de sombra de la juventud. Sus familias se reencuentran en la amistad de sus hijos, que comienzan a ser ya los padres de sus padres. Los dos pasan por la universidad y la abandonan: tienen mucho que aprender. Escriben y publican con regularidad en periódicos y revistas; se ganan la vida duramente en oficios ocasionales. Al mismo tiempo, ambos participan, cada uno con diferentes dosis de fervor y reticencia, en la edificación de la casa de los Contemporáneos, a la vez que en su crítica: cuando Gorostiza se hospeda en ella lo hace a regañadientes, y cuando se aleja la echa de menos; Pellicer, militante de su propio movimiento, cae en ella por un imprevisto, la mira con altivez y desdén ideológico: nunca desempaca.

Los temas de sus cartas dependen del ánimo interino, hecho de sorpresa y soledad, propio del viaje. Pellicer viaja a Colombia con ánimo de conocer mundo y, de pasada, rehabilitarlo. Gorostiza, rumbo a Nueva York, viaja hacia sí mismo, convierte el viaje en un laboratorio adecuado a su propio estudio, en nostalgia de inmovilidad: no hay paisaje en que no vea sus ojos reflejados; padece el desagrado de llegar y saber que no ha logrado dejarse atrás. La curiosidad de lo desconocido se modera en la indiferencia, el agobio, la certeza de preferir su propio medio para refugiar en él sus abundantes incertidumbres. Cautivo de una naciente angustia que corre al parejo de la preparación para la imprenta de las *Canciones para cantar en las barcas* que redacta desde 1918, Gorostiza comienza a solicitar en sus cartas, en un comportamiento que llegará a ser obsesivo, el apoyo, el desprecio, el consejo o la conmiseración de sus pares

y maestros.¹ El adolescente astuto de las cartas de 1918 ha engendrado a un joven que, en las de 1924, retrocede en la posesión de sí mismo, víctima de un amor propio cada vez más endeble. Pellicer —que, en un proceso inverso, pasa de sus conflictos iniciales al reconocimiento y al regocijo de su verdadera persona— procura infundirle ánimos, y contagiar a su amigo con la sobriedad de su entusiasmo inherente. En plenos *tuenties*, en Nueva York, Gorostiza ignora el frenético caleidoscopio de *Gatsby*, *Vanity Fair*, *Sacco* y *Vanzetti* o el jazz; prefiere centrar su interés en el único enigma que le importa: "la cosa frágil, asustadiza, casi ilusoria que soy yo..."

A fines del año siguiente, 1925, el piloto Pellicer inicia otro viaje, ahora hacia Europa y Levante, en pos de nuevo combustible para su alegre hedonismo, su avidez visual y su enérgica religiosidad. Mientras tanto, en México, Gorostiza navega hacia los veneros de su nublado corazón. Cuando el soñador Pellicer mira con ojos renovados la Victoria de Sarmatracia o la capillita de San Francisco, el sonámbulo Gorostiza estudia, en su espejo, "lo vidrioso de mis ojos que me hacen aparecer como bajo la influencia de un hipnótico". Pellicer corre mundo en desenfadada exaltación, alimentando el catálogo de "lugares y momentos inolvidables" que encierra para su amigo en tarjetas postales, esos buenos modales ilustrados. Anclado en su aborrecido escritorio de burócrata, Gorostiza las recibe: islas, palacios y catedrales de dos centavos incongruentes con su paisaje rectangular de trámites y tinta. Gorostiza publica su libro, lo desconcierta su éxito ante la crítica, rompe con el amor de una María Luisa y decide abandonar, también él, su "país querido y abominable". Concurra en la Secretaría de Relaciones por una plaza en ultramar. Pero en Londres le sucede lo mismo que en Nueva York. Además, ahora, decide pagar los réditos de su creciente depresión sacrificando su vocación de poeta. Un extraño subterfugio comienza a urdirse en el ánimo de Gorostiza: Pellicer es el enamorado, el viajero, el que sabe vivir y escribir lo que vive, una ventana abierta a la vida; él, en cambio, es un penoso cachivache condenado al desván de las cosas gastadas e inútiles. Gorostiza comienza a edificar, minuciosamente, su fracaso. A poco se le ocurre que puede disimularlo en el triunfo de su amigo. Si regresan juntos a México, nadie se percatará de su oscuridad, diluida en el esplendor de Pellicer. Si él ya no puede escribir, Pellicer lo hará por los dos: "todos mis poemas recuerdan lo que no hubieras querido escribir tú".

En México, los antiguos "rubendarianos" y los recientes "Ulises" comienzan a llamarse los Contemporáneos. Gorostiza, nostálgico del grupo con el que tanto riñe y al que tanto necesita, se entusiasma con el proyecto de la revista homónima e invita a Pellicer a revivir con él, en sus páginas, los años de camaradería. Recibe, a vuelta de correo, una enérgica descalificación del grupo colmada por la aparición de la *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928) que firma Jorge Cuesta, y una declaración de principios literarios que refuerza sus incompatibilidades. Pellicer, que acumula años de malestar contra un grupo al que acusa de saquearlo y ningunearlo, rescata sin embargo a Gorostiza de lo que considera un naufragio de descastados, declarándolo el mejor poeta entre ellos. Gorostiza, demasiado debilitado para discutir,

¹ Véase mi ensayo "Muerte sin fin con matasellos", *Vuelta*, 186, mayo de 1992, pp. 25-28.

obligado por sus deberes intelectuales, sus preferencias literarias y sus propios rencores para con el grupo de amigos, dice estar de acuerdo, pero lamentablemente soslaya sus razones, porque no las tiene o porque, las que tiene, son las razones inescrutables del solitario. Cansado de Londres y sus catarros, abrumado por lo que considera el sinsentido de su existencia, reconoce que su huida a Europa ha sido en vano y se resigna por regresar al país, menos Ulises, menos hijo pródigo que nunca, y sin poder esconderse siquiera en la aureola de Pellicer, que pospone un año más su propio retorno.

"En el edificio de nuestra poesía, tú eres la ventana", le escribe a Pellicer el Gorostiza empeñado en olvidarse. Es curioso que, en ese edificio, Gorostiza se adjudique el desván, la conciencia de las casas, la pieza más elevada y, también, la más oscura. Mientras Pellicer anuncia con fanfarrias endecasílabas de qué color amaneció la mañana, Gorostiza recorre a tientas el cuarto oscuro de su alma perdidiza, poblado de extrañas claudicaciones. Pellicer en su ventana, Gorostiza en su desván, los dos son poetas de paisajes: pero uno mira el de afuera y otro atisba el de adentro. Los dos carecerían de sentido sin el otro.

Quizá uno ama en sus amigos aquello de lo que carece, las virtudes que sabe, en el fuero interno, que en uno mismo serían defectos. Uno vive una vida vicaria en las vidas reales de los amigos; edifica, en ellas y con ellas, la configuración de la propia conciencia. ¿En qué medida sucedió esto entre Gorostiza y Pellicer?

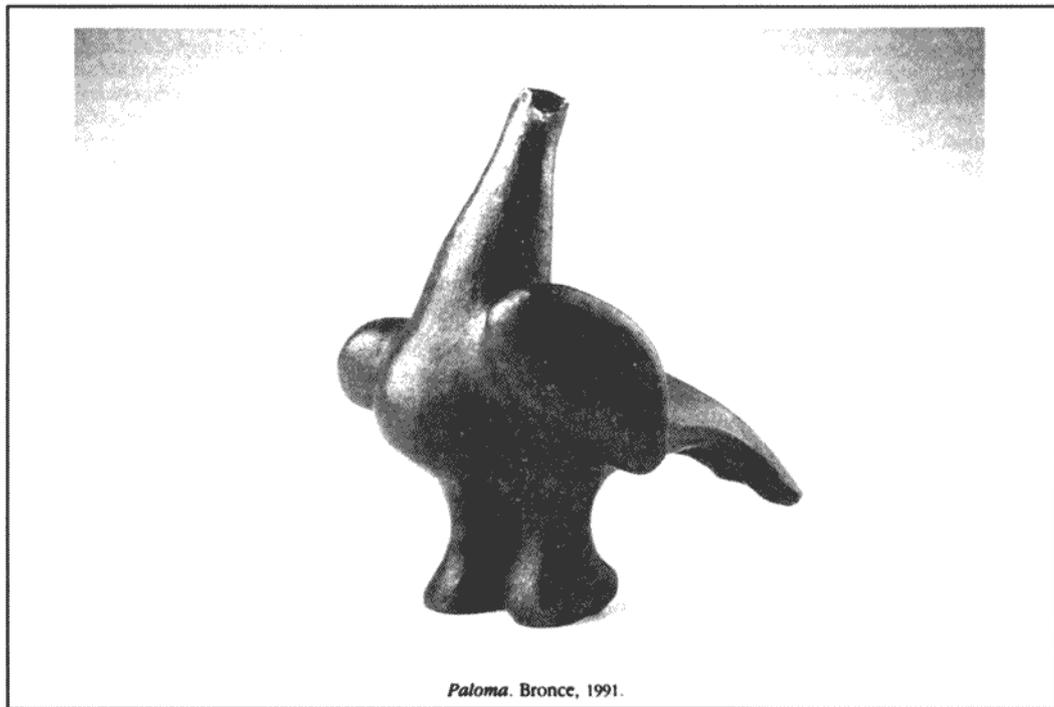
Algo en Gorostiza quizá hubiera preferido ser, como su amigo, una ventana abierta hacia el gozo del afuera. Varado

en su desván, con un esfuerzo de dimensiones inimaginables, logrará años más tarde una fugaz tregua en su entredicho: saldrá del desván, se enamorará, tendrá hijos, volverá a viajar. Y una noche, en el insomnio, escuchará gotear el agua cuyo pulso llenará el vaso de *Muerte sin fin*.

Pellicer, por su parte, en la ventana, seguirá mirando *el todo afuera*, confeccionando caudales de poesía, viajando, alegando con montañas, piedras y pájaros. Pero quizá algo en él hubiera preferido ser como su amigo para *desde afuera, verme por dentro*.

Los subrayados pertenecen a los sonetos titulados "Diciéndole a José Gorostiza" que Pellicer escribirá a la vida de su amigo muerto. Los sonetos aportan la compacta y hermética síntesis de una amistad cuya hondura nos está vedado conocer y de la que estas cartas, apenas, son escolio o advertencia. *Noche tuya fue día para mí*, dice Pellicer, resumiendo la opuesta factura de sus almas. Por la alegría de Pellicer, que todo lo ama y a todos se lo dice, cruza el *soplo obscuro* de su amigo, que amó todo *sin decirselo a nadie*. Gorostiza habitó un desván que Pellicer presintió y temió y prefirió *desbaratar con mis palabras*. Mas esas palabras no le impidieron anhelar también, opacamente, *eso que nunca supe lo que es*.

En la enorme inefabilidad de ese *eso*, los paradójicos destinos de Pellicer y Gorostiza se asediaron, se sorprendieron y terminaron por atarse, pues, como buenos amigos, *juntos ballamos lo que nunca se encuentra*. De algún modo ignoto, podría pensarse entonces, el desván tenía ventana y la ventana, a veces, se abrió hacia el desván. □



Paloma. Bronce, 1991.